



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS
DE LA INFORMACION

La hiperinflación de 1923 y la política monetaria.

Sin embargo, aquel verano no había situación, por mala que fuese, que el Dr. Havenstein no fuese capaz de empeorar. No había ni un solo miembro del gobierno, por poco que supiese de estas cosas, que no discutiese con él y al que el guardián y líder de la ortodoxia financiera alemana no pretendiese convencer de la bondad de sus razonamientos. Havenstein creía firmemente que la cantidad de dinero no tenía nada que ver, ni con el nivel de precios, ni con la cotización del marco. Por consiguiente, consideraba que su misión consistía en ser lo suficientemente hábil, y suministrar a sus compatriotas todos los marcos que reclamaban para compensar la continua erosión del poder de compra de su dinero. En este sentido, las últimas y escalofriantes alzas de precios le tenían acorralado y le obligaban a desplegar una actividad frenética. El problema logístico, por no mencionar los increíbles gastos que suponía el imprimir y distribuir esta enorme cantidad de billetes, constituía su principal preocupación, y aunque en esos días, por casualidad, había suficientes billetes en el mercado de las denominaciones adecuadas, nadie, ni del mundo bancario ni del Parlamento, sugirió jamás que las dificultades con las que tropezaba se las estaba creando él mismo con las soluciones que aplicaba.

Las barbaridades de Havenstein y de su política quedaban reflejadas en el discurso que pronunció el 17 de agosto ante el Consejo de Ministros, y que más tarde fue publicado. «El *Reichsbank*», decía con evidente orgullo y satisfacción, «está hoy en condiciones de emitir 20 billones de marcos diarios, 5 de ellos en billetes de altas denominaciones. La próxima semana emitirá 46 billones diarios, 18 en grandes denominaciones. Actualmente, la totalidad de la circulación fiduciaria asciende a 63 billones. Por tanto, dentro de muy poco seremos capaces de emitir en un solo día las dos terceras partes de todos los billetes que existen hoy en el país».

Lo incomprensible era cómo iba a distribuir este hombre toda esta enorme montaña de papeles por todo el país. Havenstein no era consciente en absoluto de los desastrosos efectos que produciría la acción que proyectaba, más aún, su discurso no sólo atentaba contra el valor del marco sino que afectaba a toda la estructura financiera, industrial y comercial del país. Antes de pronunciarlo, el marco valía 3 millones con relación al dólar, y 12,5 millones por libra (recientemente se había producido una pequeña mejora). Cuarenta y ocho horas después, su cotización había caído a 5,2 millones por dólar y 22 millones por libra. La totalidad del dinero en circulación en agosto de 1923 tenía un valor equivalente a 9 millones de libras; menos de la trigésima parte del que tenía diez años antes, y por más dinero que se imprimiera no se conseguiría aumentar su valor total en un solo penique. Por el contrario, el agujero presupuestario se iba ensanchando, y curiosamente este era el fenómeno al que atribuía el Dr. Havenstein la subida de los precios y la necesidad de suministrar más dinero.

"No había manera de conseguir marcos en Estrasburgo, el negocio del cambio de moneda hacía días que ya no lo realizaban los banqueros abiertamente, por tanto cambiábamos algo de dinero francés en la estación de Kelh. Por 10 francos nos dieron 670 marcos (...).

Nuestra primera compra fue en un puesto de frutas... Cogimos cinco magníficas manzanas y le dimos a la señora un billete de 50 marcos. Nos devolvió 38. Un anciano caballero de barba blanca y de buena presencia, al vernos comprar las manzanas, nos saludó levantándonos su sombrero y se dirigió a nosotros.

-Perdóneme, señor -dijo en alemán bastante tímidamente, ¿cuánto le costaron las manzanas?

Conté la vuelta y le dije: 12 marcos.

Se sonrió y movió la cabeza significativamente: No puedo pagar eso, es demasiado (...).

Los franceses no podían pasar la aduana para comprar el cúmulo de cosas baratas que había, pero podían pasar y comer... El milagro del cambio permitía ver el canalleco espectáculo de la juventud de Estrasburgo invadiendo las pastelerías alemanas, y hartarse de comer tartas rellenas de crema hasta ponerse enfermos a 5 marcos la ración. Todas las existencias de las pastelerías eran liquidadas en media hora...

Sin embargo, el pastelero y sus dependientes, después de haber vendido todo no estaban muy seguros de haber hecho un buen negocio. Probablemente el marco estaría bajando más deprisa de lo que ellos tardaban en volver a calentar el horno.

Mientras tanto, por la calle, un curioso tranvía zarandeaba a los obreros que volvían a los suburbios con sus tarteras vacías, y los coches de los acaparadores lanzaban una nube de humo que se posaba encima de los árboles y ensuciaba la fachada de los edificios. Dentro de la pastelería, avasalladores francesitos engullían los últimos pasteles, y madres francesas limpiaban los churretes de las boquitas de sus hijos..."

(Crónica remitida por Ernest Hemingway al Toronto Daily Star,